

Alberto Ramírez

**CON OCASION DEL SEPTIMO CENTENARIO
DE LA MUERTE DE SAN ALBERTO MAGNO
15 DE NOVIEMBRE DE 1980**

Una de las grandes figuras de la historia de la teología es ciertamente la de San Alberto Magno. Con ocasión del séptimo aniversario de su muerte, el Papa Juan Pablo II visitó la Iglesia de Alemania y rindió homenaje, en nombre de la Iglesia universal, a quien fuera maestro de Santo Tomás de Aquino y uno de los nombres más importantes del siglo de oro de la teología escolástica, el Siglo XIII. "Christ und Kultur" publicó el mismo 15 de Noviembre un artículo de Willehad Paul Eckert y de Emil Spath, con el título "Albert der Grosse", que queremos hacer conocer en el presente número de nuestra Revista.

...Nacido hacia 1193 en Lauingen, cerca de Augsburgo, ingresó en la Universidad de Padua a la orden mendicante de los predicadores, casi a la edad de 30 años y después de luchar consigo mismo y con sus parientes. Fundado en 1215 por el español Domingo de Guzmán al sur de Francia y dedicado completamente a la pobreza evangélica y a la predicación del Evangelio de Jesucristo, a causa de la solicitud ardiente por la salvación de los hombres, atrajo este nuevo tipo de orden en pocos años a miles de simpatizantes desde Irlanda hasta Rusia, especialmente estudiantes. Alberto enseña durante un decenio en conventos alemanes, una vez terminado su estudio de la teología: en Colonia, Hildesheim, Friburgo, Estrasburgo y Wurzburg. En 1242 asume, como primer alemán, una cátedra en la Universidad más famosa, la de París. Choca entonces con un colegio de profesores que inculpa a la orden mendicante de disolver la organización social y (a él personalmente) de destruir la teología cristiana, por su referencia al filósofo "pagano" Aris-

tóteles y al conocimiento natural empírico. Sus clases se encargan sin embargo de fundamentar pronto su fama en toda Europa. Su alumno más importante es Tomás de Aquino. Ambos desatan una nueva época de la historia espiritual. Frente a la avalancha de la ciencia universal griega, transmitida por árabes y judíos, se dedican ellos a acoger y a ordenar lo que es verdadero, como un enriquecimiento de la verdad que ya se posee por la ciencia y por la fe; y a dejar de lado lo que es falso. Y en realidad logran relacionar intrínsecamente la fe y la razón. Juntos están en Colonia en el año de 1248, el año de la colocación de la primera piedra de la catedral, donde Alberto debe fundar una escuela de la orden. Poco después, como Superior de los dominicanos alemanes, se recorre a casi toda Europa, para fortalecerlos en el espíritu de la Orden. Por disposición del Papa se convierte en Obispo de Ratisbona, pero sólo dos años después entrega la diócesis reorganizada a su sucesor.

Desde 1268 reside, es cierto, en Colonia, pero es llamado de todas partes a predicar, a enseñar, a pacificar; en 1274 toma parte en el Concilio de Lyon. Inabarcable como su actividad es su obra de escritor de 40 tomos. Muere el 15 de Noviembre de 1280 en Colonia, donde yace sepultado en la Iglesia de San Andrés.

Dos años antes de su muerte se quedó durante una clase sin memoria, la que lo había acompañado de manera admirable durante toda su vida. Con ella se hundió irreparablemente el tesoro inapreciable de su ciencia. Pero su vida no se quedó vacía, pues desde el comienzo de su llamamiento había vivido de la fe en el sufrimiento de Dios por el mundo, la fuente más profunda de la vida... Una palabra clave de su vida: "Si se quiere preguntar por los misterios más profundos de Dios, entonces se debe preguntar por el hombre más pobre, que es pobre con alegría por el amor de Dios; ese hombre sabe más acerca de los misterios de Dios que el sabio más grande". Canonizado en 1931, San Alberto es Doctor de la Iglesia y patrón de los científicos.

Armonía entre la fe y la razón

Hacer comprensible la fe es uno de los deseos más difundidos de nuestro tiempo. No se puede dudar de que la fe no se puede disolver nunca en ciencia, es verdad. Los misterios de la fe escapan a la comprensión racional. Sin embargo es justificado el deseo de penetrar en ellos tanto cuanto es posible, cuanto nos lo permiten las fuerzas de la razón. Sólo es ilegítimo confundir fe y razón. Pero la cuestión de la relación entre fe y conocimiento racional no mueve solamente a los hombres de hoy, sino que interesó vivamente a los hombres de la edad media. El siglo de San Alberto Magno se caracterizó precisamente por una profunda crisis en lo referente a la comprensión de la fe.

Sólo en el Siglo XIII estuvo a disposición de occidente la obra completa de Aristóteles. Sólo entonces se pudo disponer de su enorme patrimonio filosófico. La obra de Aristóteles ejerció una gran fascinación en la época de San Alberto, porque ofreció una rica explicación del mundo, en la cual los distintos elementos estaban coherentemente relacionados y lógicamente fundamentados a partir de las más profundas razones ontológicas, que resaltó Aristóteles con toda energía. Pero otra cosa jugó también un papel importante en todo esto: el Siglo XIII se vió caracterizado por un nuevo optimismo en relación con el mundo y por una apertura en relación con él. Se trataba de una época de descubrimientos. También la naturaleza fue investigada con un amor nuevo. Precisamente ahora se convirtieron las flores y las hojas naturales en imagen que sirvió para ofrecer las formas de los capiteles y de los vitrales de las iglesias y de las catedrales. A esta nueva comprensión del mundo parecía responder mejor la cosmología de Aristóteles. Creció entonces la confianza en las fuerzas de la razón. Comenzó la época de la ciencia, cuya expresión más evidente fueron las instituciones universitarias más florecientes: Bolonia con el estudio de las ciencias jurídicas, Salerno con el estudio de la medicina, París con el estudio de la teología.

La teología, determinada por la manera simbólica de pensar, fue reemplazada por una teología que tenía una manera nueva de argumentar, por una teología con una nueva responsabilidad racional. La teología universitaria adquirió una deuda con la filosofía, aunque es cierto que la utilizó para su servicio. Los grandes teólogos escolásticos se dieron muy bien cuenta del influjo de la fundamentación filosófica en el sistema teológico. Reflexionar las relaciones entre filosofía y teología fue una obligación del momento. Lo que era aún más evidente, tenido en cuenta que la filosofía de Aristóteles fue transmitida al occidente por el camino de los traductores y de los intérpretes árabes, antes de haber sido posibles traducciones directas del griego. Los intérpretes árabes transmitieron a Aristóteles en medio de un contexto de pensamiento que era extraño al pensamiento cristiano. El que deseaba conocer al Aristóteles auténtico, tenía que experimentar con mayor razón el abismo entre la fe y el conocimiento racional. Suprimir este abismo parecía imposible, pues el Dios de la Biblia no parecía ser el mismo del antiguo filósofo, un motor inmóvil. Para Aristóteles y para quienes trataban de interpretarlo auténticamente, no podía haber ninguna creación en el tiempo, sino que el mundo poseía un carácter eterno. Muchos aristotélicos afirmaban además que todos los hombres tenían un entendimiento común y que las diferencias propias se explicaban por condicionamientos físicos. Una tal visión ponía en cuestión, como es claro, una supervivencia del alma individual después de la muerte. Interpretada así la filosofía aristotélica, parecía conducir al panteísmo, si no era ya un panteísmo.

No es de extrañar pues que repetidas veces se hubieran presentado prohibiciones del Magisterio y de los Papas, dirigidas a la Universidad de París, para impedir el estudio y la interpretación de la obra de Aristóteles. Porque fue aquí, en París precisamente, donde se propagó esta interpretación de Aristóteles. Alberto Magno pertenece, sin embargo, a aquellos que no obstante leyeron muy detenidamente la obra del antiguo filósofo y la de sus comentadores y las comentaron. Y no precisamente para refutar la obra de conjunto del antiguo filósofo, ni tampoco para rechazar la orientación del Magisterio. Alberto Magno estaba convencido de que las cuestiones y los problemas una vez presentados, no podían ser erradicados del mundo, ni se podía cerrar los ojos ante ellos. El intento de reprimir los problemas, ha traído siempre malas consecuencias: las cuestiones vuelven a presentarse, después de su ocultamiento, con una fuerza aún mayor.

Alberto Magno estaba convencido de que no era posible encontrar una solución por el simple hecho de callar, así como tampoco por la afirmación de una doble verdad, una de fe y otra de razón; la solución debía ser buscada en una interpretación cristiana de Aristóteles. A él le parecía justificada esta posición en razón de la única fuente del conocimiento de la verdad, que es Dios mismo. Dios da a los hombres las fuerzas de la razón, así como les da también las de la fe. Por lo tanto fe y razón no pueden ser puestas en contradicción, si bien es cierto que las afirmaciones de fe trascienden lo que se puede alcanzar por la razón. El conocimiento de fe no hace en ninguna forma violencia al conocimiento racional. Por lo tanto no le impone reglas positivas a la filosofía, sino solamente negativas: indica límites que si no son respetados llevan al error. Pero el conocimiento de fe permite al de razón el agotar todas sus posibilidades propias. En la cuestión de la eternidad del mundo, por ejemplo, Alberto Magno distingue entre el plan eterno de Dios y el mundo creado en el tiempo. Sólo Dios posee un ser necesario. El ser del mundo no le es propio, ni necesario, y por lo tanto no puede ser eterno. Para Alberto Magno hay armonía entre el conocimiento de fe y el de razón. Su intento de interpretar la obra de Aristóteles desde el punto de vista cristiano, superó en su tiempo una grave crisis de fe y espiritual. El atrevimiento de su pensamiento es tan poco discutible como su disposición de someter su empresa al juicio del Magisterio. Su intento encontró en las propias filas una dura oposición, pero también le mereció una gratitud entusiasmada. Las tensiones eran inevitables. El haber llegado a dominar estas tensiones, se debió en gran parte a su profunda piedad. Teología no era para él solamente cuestión del entendimiento escrutador, sino también del corazón orante. Por eso llamó a la teología ciencia afectiva. Alberto Magno recalca la necesidad de la oración para el teólogo. Al mismo tiempo reconocía las limitaciones de nuestra capacidad de comprensión y no se constituía en medida de todo juicio.

Cada época tiene sus propios problemas y cuestiones. Las soluciones que encontró Alberto Magno para los problemas de su tiempo, no son sin más transmisibles a nuestro tiempo. Pero la actitud que él asumió como investigador y teólogo, es ejemplar para nosotros. También para nosotros vale el que tenemos que ponernos las cuestiones urgentes de la filosofía y de la teología; cerrar los ojos ante ellas sería una locura. También para nosotros la solución sólo puede darse a partir de una actitud que consista en afrontar las cuestiones de nuestro tiempo y reflexionarlas hasta el fin, sin desconocer la tradición viva de la Iglesia.

‘Los teólogos son los órganos (al lado de otros, no científicos, propiamente religiosos) por los cuales la Iglesia toma conciencia, de una manera refleja, de las riquezas de su fe’ (E. Schillebeeckx, Revelación y Teología)